

# La Enseñanza.



REDACCION.

Señorita Angela Lozano.  
Manuel Orozco y Berra.  
Hilarion Frias y Soto.  
Manuel Peredo.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

## EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO III. }

MÉXICO, DICIEMBRE 15 DE 1873.

{ NUM. 50.

### CUENTOS DE MI ABUELO.

#### LA SONATA.

[Concluye.]

No fué esta felicidad de larga duracion. Madama de Voranges no habia podido sin una pena indecible pasar tan rápidamente de la opulencia á un estado precario. Los pesares que ella habia cuidado tanto encubrir á su marido por no aumentarle los suyos, habian alterado sus órganos, y encendido en tal grado su sangre, que rindiéndose á la secreta pena que iba consumiéndola mucho tiempo hacia, cayó enferma, y á pocos dias se vió en el mayor peligro. Blanca va volando luego al socorro de su cariñosa madre; y auxilia con todas sus fuerzas y facultades á M. de Voranges en la asistencia de la fiel compañera de su vida. Celestina logró por su parte licencia para venir á cumplir con las obligaciones que la piedad filial le imponia. Socorrida madama de Voranges con tanto celo y ternura, resistió como milagrosamente á los achaques que padecia, y quedó asegurada su vida bien presto.

Celestina volvió luego á su tienda para continuar en sus labores, en las que se proponia hacer adelan-

tos. Blanca logró, sin trabajo del generoso arpista, la licencia de permanecer algun tiempo mas todavia en San Graciano, con la mira de asistir á su madre, cuya convalecencia habia de ser larga, y á la que le quedaban algunos accidentes nerviosos, que á menudo la ponian en peligro, y retardaban una completa cura.

Blanca habia reparado que la música calmaba estos molestos accidentes, y los hacia mas raros. Se lo comunicó al médico, quien le aconsejó que pulsase el arpa en una pieza inmediata al principio para no fatigar las enflaquecidas potencias de su madre, y llegase gradualmente hasta el punto de ejecutar en presencia suya los pasajes mas estrepitosos. Fué luego Blanca á Paris para tomar en el almacén su arpa acostumbrada, y siguió punto por punto cuanto el médico le habia mandado. Nunca habia mirado Blanca con tan buenos ojos este instrumento, visto que habia de acabar de salvar á una madre tan idolatrada. Se puso, pues, á tocar con la mayor suavidad posible á los principios aquel armonioso instrumento, cuyos sonidos al halagar el oído, llevan una deliciosa conmocion hasta lo interior del alma. «Oh qué dulce y agradable sorpresa! dijo madama de Voranges con muy débil voz á su marido, que estaba al lado suyo; ¡há ya tanto tiem-

po que no oia tocar el arpa á Blanca!..... me vuelve la vida.....» Estas palabras afectuosas, que la jóven artista estaba oyendo, arrasaron de lágrimas dulces sus ojos, y dieron nuevo vigor á su habilidad. Continuó haciendo resonar el instrumento con las sonatas mas tiernas, á las que ella daba la expresion que una situacion tan deliciosa le infundia. Ejecutó mas particularmente con una rara perfeccion aquella sonata primorosa de *la piedad filial*; y la hermoseó con tan insinuantes variaciones, que M. de Voranges, conmovido sucesivamente de tan acertada oportunidad, se levanta repentinamente, entra en el cuarto separado donde se hallaba su hija, y alargándole los brazos, le dice enajenado: «Oh Blanca mia! no puede uno quejarse de su suerte, cuando tiene la dicha de ser padre tuyo..... Ven á gozar de tu obra, y á contemplar á tu madre: la sonrisa ha vuelto sobre sus descoloridos labios, las lágrimas humedecen finalmente sus desecados párpados; ella te nombra su libertadora, y su ángel tutelar. Ven, criatura celestial, ven á recibir tu justo galardón.....» Al acabar estas palabras M. de Voranges, conduce á Blanca á la cama de su madre, que la estrecha en sus brazos; todos tres se enlazan, y sus rostros se confunden en medio de un mar de lágrimas y besos. Ninguno de ellos puede hablar; pero



su elocuente silencio dice al parecer que los afectos del ánimo son el primero de todos los bienes, y el único que todos los acasos no pueden robarnos.

Después de este feliz momento, que contribuyó tan eficazmente á la cura de madama de Voranges, no se pasaba día sin que Blanca renovase en el pecho de su madre las dulces conmociones á que su habilidad daba origen; y el médico le dió pronto licencia para pulsar el arpa en el cuarto de la enferma, y aun para tocar todas las obras que mas le agradasen.

Blanca ejecuta luego en este hermoso instrumento, unas veces una famosa sinfonía de Kromholz; otras un sábio concierto de Petrini, y algunas finalmente una obra toda entera de Haydn; cuidando siempre de variar el género de las composiciones, á fin de proporcionar mayor gusto y sorpresa á su madre.

Era una noche, hácia mediados de Setiembre, el tiempo estaba sereno, la luna comenzaba á alumbrar los campos, y su suave claridad aumentaba al parecer la majestuosa calma que reinaba en toda la naturaleza; y Blanca estaba al lado de su madre, cuyo cuarto tenía un balcon que caía al camino real. Ejecutaba en el arpa una agradable sonata de Nadermann, y se abandonaba á toda su habilidad. Sus acentos melodiosos resonaban en todo el lugar; parte de sus habitantes se habia reunido frente de la casita, y estaba oyendo á la jóven arpista con una atención que frecuentes aplausos interrumpian únicamente; porque es tal el dominio del talento, que cautiva hasta á las gentes mas oscuras. El embajador de Rusia, que vivia en el campo durante todo el buen tiempo, y habia alquilado un palacio en el valle de Montmorency, llegó á pasar en coche por allí con su mujer, é hija única que entraba en los quince años. «Creo que esta sonata, dijo la jóven princesa, la oí tocar en la última función que dió la corte.—Me acuerdo de ella en efecto, dijo el embajador, tan sorprendido como embelesado de oír una sonata ejecutada con tanta inteligencia.—Es una de las de Nadermann que he tocado con mayor frecuencia, añadió la embajadora aplicando igualmente atento oído.....» Se informan sobre el nombre de la ejecutante, y llega á saberse que es una doncella llamada Blanca de Voranges, que para acabar de salvar la vida á su madre, toca el arpa todas las noches en su cuarto. La embajadora, cuya curiosidad se avivó con todas estas luces, se prometió hacer conocimiento con la jóven Blanca, á la que al parecer toda la aldea honraba; y la jóven Varinka, su hija, mostró por su parte el mayor ahinco de ver y oír á la que habia tenido la dicha de emplear su talento en conservar la vida á su madre.

Desde el siguiente día, apénas se hubieron retirado los vecinos del lugar, cuando el embajador y su familia, después de haber bajado del coche á la entrada de San Graciano, vinieron á colocarse sin comitiva alguna bajo el balcon de madama de Voranges. En aquel momento ejecutaba Blanca las mas sonoras variaciones del *paso ruso*; lo que causó una repentina conmocion en los pechos de esta ilustre familia, y aumentó juntamente el interes que la jóven arpista infundia de antemano. Luego que Blanca se hubo entregado á toda la riqueza de su habilidad, y que no oía ya los acostumbrados aplausos, y biensegura de que los aldeanos se habian retirado á suscasas, sacó por un instante la cabeza al balcon para respirar el aire, y llegaron luego á sus oídos estas palabras que una voz juvenil proferia con la mas insinuante expresion: «¡Salvar á su madre, y poseer semejante habilidad! ¡Oh, por cuán dichosa ha de tenerse!» Atraída Blanca por el encanto de semejantes palabras, sale del todo al balcon, buscando con la vista al que podia hablar de aquella suerte, cuando una segunda voz, mucho mas llena que la primera, le dirige estas palabras: «No extrañe vd., señorita, que cada uno se detenga á escucharla. Tenga vd. á bien recibir los parabienes del embajador de Rusia, y los de su familia.» Confusa y asombrada Blanca, se retira al punto, y no sabe qué responder. M. de Voranges, que se hallaba al lado de su esposa, se levanta precipitadamente, y tomando de la mano á su hija, la obliga á presentarse de nuevo en

la ventana, para responder lo que el uso dictaba en semejante circunstancia, cuando una tercera voz, notable por su acento extranjero, profirió con majestad y dulzura estas palabras: «Si es vd. la mas dichosa de todas las hijas de la tierra, ha de ser tambien la mas dichosa de todas las madres aquella á quien ha salvado.» Blanca respondió tartamudeando que se veía confusa con tan honrosos parabienes; pero que no habia hecho mas que cumplir con su obligacion. Comenzaba á empeñarse la conversacion, cuando bajando M. de Voranges, sin decir nada á su hija, abre la puerta de su casa, y convida al embajador y su familia á que descansen un rato. Acéptase la oferta, Blanca aparece á la voz de su padre, que la presenta desde luego á la embajadora. Esta le presenta sucesivamente á Varinka, cuya peregrina figura, donaire, y atractivo seducian á la primera ojeada, é infundian respeto y el mas tierno interes. M. de Voranges no dudó referir fielmente las desgracias y elogio de su querida Blanca. No cesaba Varinka de tener clavada la vista en esta durante aquella conferencia. El embajador le dijo que se atrevia á lisonjearse de que le seria permitido aprovecharse de tan afortunada vecindad, y que en los ojos de Varinka estaba leyendo todo el gusto que ella tendria en hacer conocimiento con una doncella tan digna de aprecio y consideracion. M. de Voranges y su hija respondieron con todos los miramientos debidos á tan obsequiosos agasajos, y prometieron ir á comer al siguiente día á casa del embajador. El recibimiento que se les hizo no era el que usan los grandes con sus favorecidos, sino la prueba insinuante del aprecio é interes que Blanca infundia á cuantos podian conocerla. La concurrencia de aquel día, á fin de no intimidar á la doncella, era poco numerosa, pero selecta, y compuesta de amantes de las artes. La embajadora, que cultivaba igualmente la música, ejecutó en el fortepiano la misma sonata de Nadermann, y dijo á Blanca: «Hay mayor inclinacion á esta sonata, señorita, desde que se ha visto á vd. ejecutarla; y envié esta mañana en casa de su autor, para obsequiarla á vd. sucesivamente con ella, y hacérsela oír.....» Varinka, que á la mas hermosa y dilatada voz reunia un gusto particular y el mas lucido método, cantó muchas canciones italianas. Blanca, tan encantada como sorprendida, se ofreció á acompañar á la jóven princesa en el arpa. Estimulada Varinka con la primorosa habilidad de Blanca, fué mas expresiva que nunca, y dejó embelesados á todos los circunstantes. Cuando estaba recibiendo tan merecidos aplausos, dijo llevando la mano de Blanca á su corazon: «¡Hay tanta ventaja en verse acompañada una de esta suerte! ¡Ah! ¡qué adelantos haria yo, si experimentara la fortuna de tener todos los días una guía semejante!—Ofrezco muy gustosa á vd. mi escasa habilidad, respondió Blanca muy conmovida: sí, señora, durante el tiempo que me queda todavía que pasar al lado de mi madre, empeño mi palabra de venir á acompañar á la jóven princesa, cuyo talento, me atrevo á pronosticarle, igualará ántes de mucho á su hermosura.—No me atrevia á suplicárselo á vd., dijo la embajadora; supuesto que su madre se mejora por instantes, iré en persona á rogarle que apruebe la gracia que vd. tiene á bien acordar á mi hija; y preveo ya, señorita, que le será deudora Varinka de la perfeccion de sus habilidades, y de la de su corazon.»

Se siguieron estos planes con toda puntualidad. Blanca iba todas las mañanas al palacio del embajador de Rusia, y la tierna princesa la traía en coche por la noche á casa de madama de Voranges. Varinka tomaba parte á menudo en los solícitos cuidados con que Blanca asistia á su madre. Conébase fácilmente que esta dulce distribucion del estudio y obligaciones, produjo entre ambas doncellas una inclinacion que se hizo tanto mas fuerte, cuanto estaba fundada en una recíproca estimacion. Varinka no podia pasarse ya sin Blanca, y esta olvidaba al lado de la tierna princesa las desgracias de su familia. Llegó finalmente la época en que Blanca debía dejar San Graciano. Su madre se habia repuesto completamente, y el afamado arpista reclamaba á su querida discípula. Blanca fué con su pa-

dre al palacio del embajador para despedirse. Una penosa alteracion se notaba en el simpático rostro de Blanca; la que con particularidad no podia mirar á Varinka sin que al punto se arrasasen de lágrimas sus bonitos ojos. Asediada finalmente de preguntas, confesó el motivo de su visita, y anunció que en aquella misma tarde se volvía á Paris. «¡Separarnos!» exclamó Varinka abrazándose de ella; ¡no, Blanca, no, amiga mia! Vd. me ha hecho conocer y apreciar la virtud; le soy deudora de las habilidades que poseo, y particularmente de esta inclinacion á las artes, que forma el encanto de nuestra vida; y me ha comunicado vd. tal hábito y necesidad de su amistad, que no pueden sustituirse por ninguna otra persona en mi pecho. Blanca, somos inseparables.» M. de Voranges, que por su parte procuraba ocultar su emocion, alegó los compromisos de su hija con el honrado arpista, su amparo, su bienhechor, y la única raz de los socorros y consuelos que habian hallado en su desastre. «No, no, añadió Blanca con fuerza y resignacion, no puedo faltar á la gratitud que le debo.—Si es tan bueno y generoso como vd. dice, repuso vivamente el embajador de Rusia, no puede oponerse á la felicidad de vd. Quédesé vd. al lado de Varinka, y sea guía y amiga suya. La miro á vd. desde este instante como á mi segunda hija, y á nadie mas que á vd. misma, señorita, echaré la culpa de la suerte de sus respetables padres.—El príncipe es fiel intérprete de mi modo de pensar, dijo sucesivamente la embajadora: no, tantas bellas prendas reunidas no han de ser la víctima de los caprichos de la fortuna; por mí misma conduciré á Blanca á casa del arpista; y confío en que le moveré á acceder á lo que deseamos. No vivirá Blanca con nosotros en clase de arpista, ni de maestra, sino en la de un dechado de todas las virtudes, y de un tesoro que el cielo nos depara en favor de Varinka. Quédesé vd., amable Blanca, quédesé, continuó la embajadora, estrechándola en sus brazos, y sea vd. tambien mi segunda hija.»

M. de Voranges no pudo resistirse á tan finas ofertas. No hallaba expresiones con que pintar su gozo y reconocimiento. Fué volando á comunicar á su mujer la dicha de su hija, y celebrarla con su consorte. En este intermedio marchó la embajadora á Paris con Blanca y Varinka, para verse con el honrado arpista, que accedió á la ventajosa colocacion de su querida discípula, aunque manifestando mucho sentimiento á causa de esta separacion. Madama de Voranges, á quien este suceso habia dado nuevas fuerzas, estuvo en disposicion de ir al palacio del embajador. Fué general la alegría: cuantos componian la comitiva de este príncipe celebraban infinito ver instalada en ella á una doncella de tanta perfeccion; y después de aquel dichoso día, nadie se engañó en las esperanzas que habia concebido. Así el embajador como su esposa, no tuvieron mas que nuevos motivos de confirmarse en la buena eleccion que habian hecho; y aseguraron á Blanca una suerte digna de sus raras habilidades y peregrinas prendas. M. de Voranges y su mujer volvieron á gozar de comodidades y felicidad; pero nunca quisieron dejar su casaca, por mas instancias que les hicieron para que fuesen á vivir en el palacio del embajador. Blanca y Varinka tuvieron una intimidad mayor que nunca; y como experimentaban la necesidad que una de otra tenían, prometieron no separarse hasta la muerte.

Por lo que hace á Celestina, continuó en su estado de lencera, en que los frecuentes regalos de su hermana, y el superior influjo de la embajadora de Rusia le proporcionaron bien pronto medio para tomar por su cuenta una tienda que fué muy afamada en Paris. Iba á verla Blanca con frecuencia; y aunque acomodada de un modo tan distinguido, tomaba las mayores precauciones para no chocar con el amor propio de su hermana. Esta, que le debía su bienestar, la conservacion de su madre y el olvido de sus desgracias, reconoció finalmente que jamas debemos perder las esperanzas; y que á pesar de todos los fracasos, no estamos nunca faltos de arbitrios, cuando nos queda el del talento.



## MELITO Y EL GÜERO.

(CONCLUSION.)



XXV

Todo tiene fin en esta vida: nada extraño es, por lo mismo, que tras una media hora larga de jugar alegremente, se cansasen niño y gato, y diesen punto á la diversion. Pero esto no fué sin que el Güero manifestase á Melito que ya no le quedaba en el corazon ni una sombra del pasado disgusto. Hilando á la manera que suelen los bichitos bien educados, y enarcando el lomo, y restregándose contra la desnuda pierna del niño, le dió por fin el ósculo de paz, paz que promete conservarse inaltera-

ble..... hasta que vuelvan á enojarse, que será mañana á mas tardar. Y aquí termino yo tambien la presenté verídica historia de Melito y el Güero, recomendando á mis lectores no echen en saco roto las breves pero utilísimas lecciones de moral que en el curso de ella he tratado de esparcir, y que con su buen juicio habrán percibido, entresacado, y encomendado á la memoria, para cuando se presente la ocasion de ponerlas en práctica.

## EL MAESTRO DE LOS NIÑOS.

## HISTORIA VII.

VICTOR ALFIERI.

“Huye la cólera, porque perturbando la razon, degrada al hombre de su nobleza.”

Víctor Alfieri nació en Astí, en el Piamonte, el 17 de Enero de 1749, y murió en Florencia el 8 de Octubre de 1803. Es el Corneille de la Italia, y dejó escritas muchas tragedias.

En su juventud, ántes de dedicarse al estudio, tuvo una vida vagabunda y disipada. Recorrió varios países, no para estudiar los hombres y las costumbres, sí para desterrar el fastidio, hijo legítimo de la ociosidad.

Este mismo fastidio era la causa de los accesos de cólera á que Alfieri se abandonaba con frecuencia.

Tenia Víctor Alfieri un ayuda de cámara, llamado Pietro, á quien queria mucho, porque era fiel á toda prueba, y de un carácter á propósito para sufrir los defectos de su amo.

Un dia que Pietro estaba peinando á Alfieri le tiró un poco de pelo sin poder remediarlo. Esta no era falta grave; pero Alfieri se levantó furioso, cogió un candelero de bronce y se lo tiró á la cabeza al pobre Pietro.

El primer movimiento de este al sentirse herido, fué dirigirse á su amo con ánimo de vengarse; mas deteniéndose de pronto, se le saltaron las lágrimas, y se quedó parado con los brazos cruzados.

Esta moderacion hizo que el agresor comprendie-

ra la maldad que acababa de hacer, y reconociera su falta.

Alfieri ha escrito despues su propia vida, sin dejar de vituperarse tan injusta accion, cometida con un criado leal y antiguo, y nos confiesa el pesar que este arrebató de la cólera le causó eternamente. Hé aquí cómo este grande hombre vino á colocarse en un estado humillante respecto de su criado, porque cada vez que le veía se ruborizaba al recordar la injusta accion que con él habia cometido. *No es la condicion la que establece diferencia entre los hombres, sino sus propias acciones.*

El excelente y bondadoso Pietro no tomó otra venganza de Alfieri que conservar por largo tiempo un mechón de pelo lleno de sangre que le habian cortado al curarle su herida, y enseñárselo á su querido amo cuando le veía próximo á encolerizarse.

Recordad, queridos míos, la historia de Alfieri, para evitar el tener que sonrojaros, y tened presente que *El que conoce sus defectos está muy cerca de poder corregirlos.*

## HISTORIA VIII.

LA PELUCA DE ALONSO CANO.

“Hállanse en el mundo tantos y tan diversos caracteres como figuras. Tomad el mundo y las gentes conforme se encuentran. El sabio sabe acomodarse á todos. Haced lo mismo..... ó vivid solos.”

Alonso Cano fué un célebre pintor del siglo XVII, y de un carácter fuerte y descontentadizo.

Educóse en un colegio de Granada. Siendo aún

niño, padeció una enfermedad de la que perdió todo el pelo.

Para remediar este mal pusieronle una peluca muy bonita y bien hecha, pero siempre se conocía que era peluca.

Sus compañeros de colegio se reían de él; unos le llamaban el jóven viejo; otros cabeza de melon, y alguno mas atrevido se la pescaba con un alfiler cuando estaba mas descuidado, dejándole la cabeza desnuda como la palma de la mano.

Ya comprenderéis, queridos míos, lo mal que aquellos niños hacian al burlarse de Alonso porque estaba calvo. Aquella calva era efecto de una enfermedad que Dios le habia dado, y burlarse de ella era burlarse de una obra de Dios.—¡Pero á tales errores conduce una mala educacion!

El pobre Alonso, de humor vivo y poco amable, no podia tolerar estas burlas, y á cada instante andaba á cachetes con todos sus condiscípulos.

Es muy comun en el género humano que cuando conocemos que una cosa incomoda á alguno de nuestros semejantes la hagamos con mas frecuencia, solo por el inicuo placer de desesperarle, diciendo: *Al que no quiere caldo la taza llena*, en lugar de decir: *Al que no quiere caldo..... no dárselo.*

Por esta perversa costumbre la incomodidad de Alonso Cano sirvió tan solo para aumentar las burlas de sus compañeros, y cuanto mas se enfadaba, mas le atormentaban. Todos los dias lloraba, se incomodaba, reñía, y era la burla del colegio, si puede llamarse tal donde eso sucede.

Alonso, aburrido, para librarse de este tormento, viendo que el enfadarse no le servia de nada, y acabaria por estar en guerra abierta con todos sus compañeros, determinó cambiar de conducta, y ser el primero en reirse de su calva y de su peluca.

La primera vez que sus condiscípulos se dirigieron á él para empezar la zambra, se quita la peluca, les saluda con ella, la tira al aire, se la pone al revés y se ríe á carcajadas. Sus compañeros celebran su buen humor; se alegran de su mudanza de genio, y todos, incluso Alonso, juegan á la patadilla con la peluca.

Á los tres dias ya no se acordaron mas de que Alonso llevaba peluca, y le dejaron en paz.

Aprended con esta historia, queridos míos, que *enfadarse por una chanza, es como meterse en el agua por temor á la lluvia.*

Confesad francamente vuestros defectos físicos: no los ocultéis con artificio, y este será el modo de que se olviden mas presto. Tened presente, que *la verdadera belleza existe en el corazon.*

Reflexionad tambien, que *el hombre en sociedad debe acomodarse con paciencia á sufrir los defectos de sus semejantes, ó vivir solo.*

## La luz y el hombre dormido.

(FABULA.)

Durmiendo un hombre se hallaba,  
Mientras una luz fulgente  
A su vista inútilmente  
Su resplandor enviaba.

—“¿Por qué así le alumbras, nécia,  
Dijo una voz á la luz,  
Cuando él prefiere el capuz  
Y tus fulgores desprecia?”

—“Yo no resuelvo apagarme,  
Diz que la luz contestó;  
Que en ser su luz cumplo yó,  
Aunque él no quiera mirarme.

Yo le alumbró siempre fiel,  
Y en alumbrar no soy nécia:  
Si él mis fulgores desprecia,  
¡Tanto peor para él!”—

*Mortal, que no te hable así  
La razon en sus enojos:  
Si tú le cierras los ojos,  
¡Tanto peor para tí!*



Piensa y reflexiona ántes de prometer; pero cumple fielmente lo que una vez hayas prometido.

JAMIN.

## MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

### CAPITULO IV.

DEL MODO DE CONDUCIRNOS EN DIFERENTES LUGARES FUERA DE NUESTRA CASA.

#### ARTICULO I.

*Del modo de conducirnos en la calle.*

(Continúa.)

#### XLVII

Las personas bien educadas siempre procuran ceder la acera á los demas; bien que nunca á aquellos que les son muy inferiores, porque, en realidad, sería intolerablemente ridículo que un anciano tratara de hacer este obsequio á un niño, ó una señora á un jóven.

#### XLVIII

Una señora que va acompañada de un caballero cede siempre la acera á las señoras solas que encuentra; pero si van dos señoras y un caballero en el centro, solo la cederán á señoras de mayor respetabilidad.

#### XLIX

Pueden encontrarse señoras que de una y otra parte vayan acompañadas de caballeros, y para tales casos se tendrán presentes las siguientes reglas: 1ª, cuando en todos los que se encuentran median circunstancias iguales, así respecto del número de personas, como de su respetabilidad, la acera corresponde, segun la regla general, á los que la tienen á su derecha: 2ª, cuando entre una y otra parte existe en totalidad una diferencia notable de respetabilidad tambien se aplicará la regla general, y los inferiores cederán á los superiores: 3ª, cuando entre una y otra parte hay diferencia en el número de las personas, se dará la preferencia al mayor número: á ménos que en la parte del menor número concurran circunstancias de una notable superioridad: 4ª, en todos los demas casos se obrará discrecionalmente; sin olvidar nunca que si bien el que usare de mas desprendimiento manifestará mejor educacion, no por eso podrá un caballero hacer este género de obsequios á las personas que encuentre, á costa de la comodidad y con mengua de la respetabilidad de las señoras que acompañe.

#### L

Cuando se encuentren grupos de mas de tres personas, y no exista entre unas y otras en totalidad una diferencia que marque claramente el derecho á la acera, como cuando son de una parte señoras y de otra hombres, se estimarán generalmente las circunstancias de los que marchen por delante; pues serian embarazosos y ridículos los movimientos que hubieran de hacerse para que cada inferior diese preferencia á cada superior.

Ser muy desconfiado con los demas, es ponerlos en ocasion de que deséen engañar.

JAMIN.

#### LI

Cuando una persona va en una misma direccion y por la misma acera que otra, á la cual va á dejar por detras, por llevar un paso mas acelerado, no debe tomar la acera, aunque á ella tenga derecho, si no encuentra fácil y cómodamente el suficiente espacio. Pero el que siente pasos por detras debe cuidar de dejar siempre este espacio, pues debería serle penoso que una señora ó cualquiera otra persona respetable, tuviera que tomar el lado de la calle para pasar. Siempre que en estos casos media una superioridad notable, como la que existe entre una señora y un niño, es lícito abrirse paso por el lado de la acera, por medio de una ligera y delicada insinuacion.

#### LII

Cuando un caballero conduce á una señora, esta lleva el lado de la acera: si conduce dos, se coloca en el centro, tomando la acera la mas caracterizada; si conduce una señora ó dos señoritas, dá el brazo á la señora y las señoritas van por delante; y si conduce á una señora y tres señoritas, da el brazo á la señora y á la señorita de mas edad, y las otras dos van por delante.

[Continuará.]

### LA GOTA DE ROCIO.

Mirad esa pobre flor azotada por el viento abrasador, tostada ya casi por el sol; ved cómo inclina su tallo desfallecido al soplo seco y ardiente del aire; cómo palidecen y se tuercen las hojas de su tallo, y cómo se cierra su marchita corola. ¡Pobre inocente flor! Ya parece hacer un esfuerzo supremo, ya se abate hasta tocar la tierra con sus moribundos pétalos. Te compadezco, interesante sér, te compadezco y medito acá en mi interior, porque me presentas muchas analogías con el hombre, esa orgullosa creatura que se contenta con abrogarse el modesto título de *rey de la creacion*. ¡Pobre rey! es tan débil como tú; muchas veces su pobre corazon pierde al parecer la vida; el soplo helado de los desengaños, le hiere; su innata sed de grandeza, que en vano querrá saciar acá en la tierra, le deseca; entónces, léjos de alzar su frente para mirar al cielo, se inclina, así como tú, hasta tocar el polvo de la tierra; lucha, y siempre el dolor, mas fuerte que él, le precisa á doblegarse. Por eso medito tanto al encontrar en tí la imágen..... mia tal vez.

Pero callemos; el sol declina, la noche comienza ya á envolvernos con su manto de sombras y misterios; el aire caliente del dia, se trueca en un fresco soplo que juega con las flores. ¡Qué deliciosa frescura! Un rayo de luna viene á alumbrar la tierra; veamos, veamos á favor de su claridad si ha muerto por fin la pobre flor que tanto sufría. ¡Qué miro! se alza gallarda y fresca, ha recobrado su color, se balancea graciosa como enviándome una sonrisa; un riquísimo diamante adorna su corola; ¿lo puso allí el ángel de la noche?..... ¡Ah! ya comprendo; una gota de rocío la ha devuelto la vida, la belleza, la felicidad; una sola gota enviada por el cielo, ha bastado á reanimarte, encantadora flor. ¡Bendita sea ella!

Dichoso el hombre que sufre, si cuando ha perdido sus fuerzas, cuando ha luchado vanamente, cuando siente muerto su corazon é inclina la frente abatida; dichoso, si entónces hay para él el rocío de una esperanza ó de una lágrima al ménos.

¡Bendito el Sér que manda sobre la tierra, entre el manto aterciopelado de la noche, gotas purísimas de rocío para la flor y para el hombre!

ANGELA LOZANO.

Noviembre 22 de 1873.

### AFORISMOS ANTIGUOS Y MODERNOS SOBRE LA EDUCACION.

La casa, la escuela y la iglesia, son las tres principales columnas de la educacion.

Por tanto, se vendrá abajo si se derriba una de

Desconfía siempre de los que prometen mucho; porque el que desea cumplir su palabra, promete con reserva.

JAMIN.

ellas; y mas que todo, corrompe á los niños un defecto en el primero.

Las impresiones que el niño recibe en la casa, son las mas duraderas, porque siendo las primeras, están ademas fortalecidas por el ejemplo del padre y de la madre.

Los padres son los primeros y mas influyentes preceptores; y en efecto, los hombres mas distinguidos han sido bastante felices para haber recibido una buena educacion doméstica.—NIEMEYER.

Es un impulso natural en los padres el amar á sus hijos y sufrir cuando ellos sufren; como se ve, entre los animales irracionales, darán hasta su vida por los hijos.

Si alguno tuviese entre treinta hijos uno solo que fuese bueno y obediente, ese padre, querría á aquel hijo como si no tuviera otros.

Los padres guardan una posicion semejante á la de Dios, en lo tocante á sus hijos; y los sentimientos paternales de Dios hácia nosotros, se hallan perfectamente representados en ellos.

Pero deben saber los casados, que ni Dios, ni el cristianismo, ni el mundo entero, pueden imponer sobre ellos ó sus hijos, trabajo alguno mayor ni mas útil que el de educarles bien.

Este es el camino mas recto al cielo.

Y cuando los padres no llenan zelosamente este deber, es una cosa tan contranatural, como que el fuego no quemase ó no mojase el agua.

Por otra parte, no se puede servir mejor al infierno ni hacer algo mas vergonzoso, que descuidar á los hijos, permitirles jurar y maldecir y vivir á su antojo.—LUTERO.

### El burro y la peña.

(FABÜLA.)

De un monte en el recodo  
Rodar amenazaba una gran peña  
Desprendida ya de él casi del todo,  
Yendo al fondo á parar de breña en breña  
Al menor movimiento  
Que con sus alas le imprimiera el viento.

Vióla un borrico, y dijo  
Lleno de regocijo:  
«A esta, sin gran trabajo,  
Con una sola coz, la tiro abajo.»  
—Y llegóse en efecto, y derribóla;  
Mas él rodó tambien como una bola;  
Y ella á la postre lo aplastó debajo.—

*Aunque privado de vigor le crea,  
Nadie, si es débil, á luchar se ponga  
Con quien de suyo poderoso sea.*

Procura distinguir al amigo del lisonjero; el amigo dice la verdad, el lisonjero engaña.

JAMIN.